



AHORA SÍ QUE ESTAMOS SOLOS

Susana Gardetta

AHORA SÍ QUE ESTAMOS SOLOS



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Susana Gardetta

ISBN: 978-84-10082-72-4

ISBN digital: 978-84-10082-73-1

Depósito legal: M-2935-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Esta no es una historia de amor. Y mucho menos con final feliz, de momento.

Esta es una historia de las que duelen, de las de verdad.

Una historia de las que te encogen el alma, que te da miedo contar, que no quieres que nadie sepa, pero que te definen.

Porque no es una historia normal, no sigue patrones. No la marca lo correcto, sino lo primitivo, la esencia del ser humano, lo que somos y de lo que nos avergonzamos.

Una historia de todos, y de ninguno. Porque todos lo sentimos y ninguno lo admitimos.

Esta es una historia real. Real para mí. Mi nombre es Daniela Marino y esta es mi historia.

6 de junio de 1959

Abrí los ojos. Había humo. Todo borroso. Empecé a escuchar gritos. Me incorporé y a través del humo empecé a ver el horror que habíamos causado. Sangre esparcida por la carretera. El Cadillac en el que viajábamos había quedado totalmente destrozado. Crucé la calle mientras miraba a ambos lados. Solo sangre y cuerpos sin vida en el suelo. Entré en el café de Mickey, ese al que siempre íbamos. Me colé tras la barra esquivando cuerpos que yacían en el suelo. Me temblaba el pulso, pero eso no impidió que me sirviera un *whisky*. Salí de la barra y me senté en un taburete alto, de los que dan vueltas. Y esperé. La calma antes de la siguiente tormenta. Las sirenas de policía comenzaban a oírse a lo lejos. Supe que todo había terminado. Pero no me importó. Nada podía empeorar. Nadie podría juzgarme como me juzgaba yo, ni siquiera vosotros. De pronto recordé el primer día que llegamos a Nueva York, con una maleta medio rota, al igual que mi ropa. Y Lisa, la muñeca que siempre me acompañaba. Y en tan solo unas décimas de segundo mi mente recopiló cada una de las decisiones que me habían llevado a este momento.

LIBRO I

Madrid, España. Noviembre de 1940.

Nací en la España republicana en el año 1932. Para algunos la época dorada española. Para otros, el caldo de cultivo que daría pie a la guerra civil española. Mis recuerdos de antes de la guerra son bastante vagos. Recuerdo a mi padre, Antonello Marino, a mi madre, María Romero, y a Nino, mi hermano.

La guerra nos lo quitó todo. Incluido el amor de nuestro padre, a quien también se lo llevó el régimen.

Papá, inmigrante italiano en España, huyó de su país natal con tan solo 16 años, en 1926, perseguido por el régimen de Mussolini. La Alianza Republicana de Manuel Azaña y la posterior República española lo acogieron con los brazos abiertos, mientras que la España fascista le incluyó en la lista negra del régimen. Y a nosotros con él.

El día que papá desapareció, estábamos en casa preparando la cena. Otra vez patatas.

—Se lo han llevado —dijo nuestra vecina Berta con el rostro desencajado y lágrimas en los ojos. Agitada.

—¿A quién? ¿Qué ha pasado? —preguntó mamá.

—A tu marido, María. Se han llevado a Antonello. Salía de la tienda y le vi. Iba de camino a casa. Di un grito para que me esperara y caminar juntos. Se volvió hacia mí y, justo antes de cruzar la calle, un camión del régimen paró. Salí corriendo hacia él, pero no dejaron que me acercara. Solo pude ver cómo le tiraban al suelo y le cacheaban. Le preguntaron su nombre varias veces, a gritos. Pero él dio un nombre falso. Después le metieron en la parte de atrás del camión y se lo llevaron. ¡Se lo llevaron, María!

Aún recuerdo el rostro de mi madre. Serio, con los ojos mirando al abismo y sin mostrar ningún signo de debilidad o tristeza, excepto por una lágrima que caía de su ojo derecho. La única lágrima que jamás le vi derramar. Nos miró a mi hermano Nino y a mí y se agachó para ponerse a nuestra altura. Mirándonos fijamente a los ojos y hablándonos como a dos adultos, nos explicó la situación:

—Tenemos dos opciones. Quedarnos en España y esperar a que el régimen nos encuentre y fusile o intentar llegar a casa de los abuelos en Italia. Ellos nos acogerán. Pero el camino será largo, difícil y peligroso. Sobre todo, hasta cruzar la frontera española. ¿Qué queréis hacer?

Quedé sorprendida por la forma en que nos habló. Mi hermano tenía 12 años y yo tan solo ocho, pero ese día se dirigió a nosotros de igual a igual. Y así nos siguió tratando el resto de su vida. Nino y yo nos miramos y, sin decir una palabra, supimos que estábamos de acuerdo: nos vamos.

Era noviembre de 1940 y, aunque la guerra había terminado, el régimen de Franco azotaba a los españoles con más fuerza que nunca. Especialmente a aquellos con la valentía suficiente para seguir creyendo en una España mejor.

Hicimos las maletas y en menos de 30 minutos estábamos de camino a la estación. Aún recuerdo el frío colándose en mis huesos y el viento helador petrificándome los músculos de la cara. Mamá sujetaba una maleta con la mano izquierda mientras me agarraba con la derecha, asegurándose de que no me quedara atrás. Caminábamos rápido. Solo nuestros pasos acelerados rompían el silencio ensordecedor de la noche, ya cerrada. Mamá tiraba de mí con tanta fuerza que, de cuando en cuando, mis pies se levantaban del suelo. Una ráfaga de viento se llevó mi gorro, el único que tenía. Miré para atrás e intenté frenar para ir a buscarlo, pero mi madre tiró de mí y, mientras aceleraba el paso de nuevo, me dio un consejo que seguiría toda la vida: «No vuelvas a mirar atrás, nunca».

Y eso hice.

Una vez en la estación, mamá nos llevó a una esquina, se agachó y sacó tres pasaportes del bolsillo interior de su abrigo.

—Estos son vuestros nuevos nombres. Memorizarlos, porque os va la vida en ello. Si os preguntan, somos sicilianos y vinimos a España a visitar a viejos amigos de la familia. Si os preguntan algo más, yo contestaré por vosotros. Y no olvidéis que, a partir de ahora, debéis hablar solo en italiano.

Yo no salía de mi asombro. Papá había dejado todo organizado por si teníamos que huir. Le agradecí que hubiera conservado nuestros nombres bajo la nueva identidad, aunque el apellido de la familia sí cambió. Ahora éramos la familia Martinelli.

Con sangre fría, y un coraje digno de admirar, mamá enseñó nuestros billetes al revisor y nos subió al tren. Comenzaba la huida a Sicilia, donde aún vivían nuestros abuelos paternos. El viaje fue duro. Hacinados en un vagón repleto de almas asustadas que huían de una guerra entre hermanos, pude percibir esperanza y el ansia de libertad en el rostro de la gente. Desesperada por conseguir un futuro mejor. Un futuro en paz.

Ya habíamos pasado el control de pasaportes en la frontera española, pero no estaba todo hecho. Aún debíamos llegar a Italia, donde la situación era muy similar a la que habíamos dejado atrás. El Partido Nacional Fascista de Benito Mussolini gobernaba Italia, el mismo régimen que había obligado a papá a emigrar a España. Mamá dijo que, bajo nuestro nuevo apellido, estaríamos a salvo, pero le asustaba lo que nos pudiéramos encontrar al llegar a Sicilia. Temía que el régimen de Mussolini hubiera cargado contra los abuelos al no poder encontrar a papá.

Durante el viaje, mamá nos explicó que habían desplazado la frontera italiana a causa de la guerra. En Europa, dijo, estaban en guerra como lo habíamos estado en España. Dijo que esta era una guerra entre países. La Segunda Guerra Mundial. En junio de ese año, Italia había atacado algunas provincias francesas que hacían frontera con Italia, pero como Mussolini no era muy listo —palabras de mamá—, los franceses, que ya se habían rendido ante los

alemanes y estaban en inferioridad numérica, recuperaron parte del territorio francés dejando a los italianos únicamente la región francesa de Menton y sus alrededores. Recorrimos la costa este francesa en tren, hasta llegar a la frontera italiana que, como mamá nos había explicado, ahora se encontraba en Menton.

Una vez en Menton, bajaron a todos los pasajeros del tren y nos metieron en una sala gigante hacinada de gente esperando a pasar el control de pasaportes. El miedo se apoderó de mí, lo sentía en cada hueso, en cada músculo. La policía italiana rechazaba la mayoría de los pasaportes y montaba a nuestros compañeros de viaje en trenes de vuelta a España, donde seguramente los militares españoles les estarían esperando para enviarles directos a la cárcel.

Llegó nuestro turno y mamá enseñó los pasaportes. El revisor los ojeó durante unos segundos, miró a mamá y le indicó al oficial de policía que nos llevara al tren de vuelta a España. El pánico en la cara de mamá me paralizó. El oficial de policía agarró a mi madre y otros dos oficiales se encargaron de Nino y de mí. Mientras Nino luchaba contra el policía que lo empujaba fuera de la sala y gritaba pidiendo que me soltaran, vi como mamá se agarró al mostrador detrás del que se sentaba el revisor de pasaportes y les dijo en voz baja algo que no alcancé a oír. Inmediatamente después, los policías contra los que peleábamos Nino y yo nos empujaron contra una pared, ordenándonos que no nos moviéramos. Mamá nos miraba mientras los tres policías y el revisor de pasaportes se la llevaban a una habitación. Con esa mirada prometió que volvería.

Nino me abrazó. Por primera vez desde que dejamos nuestra casa, me sentí segura en sus brazos.

—No llores, yo siempre cuidaré de ti —dijo mientras me acariciaba el pelo.

Y supe que lo haría. Por sus palabras y la forma en que me abrazaba. Nunca me dejaría, y yo tampoco le dejaría a él. Esperamos sentados una eternidad. Por fin, vimos salir al revisor del cuarto donde se habían llevado a mamá. Le seguían dos policías, mientras el tercero sujetaba a mamá del brazo. Parecía que la hubiesen pega-

do, pero no tenía heridas a la vista. Sin embargo, según se acercaba a nosotros, pude ver en ella una herida mucho más profunda, una herida que no tenía antes de entrar en aquella habitación. Su alma se había roto. Ya no era ella. La persona que entró en esa habitación nunca más salió. Solo años después entendería el porqué.

Acompañada de aquel policía, cogió las maletas y nos dirigimos al tren con destino a Nápoles desde donde cogeríamos un barco a Palermo, Sicilia, ciudad natal de papá.

Sicilia, Italia. Noviembre de 1940.

El trayecto desde la estación de tren a casa de los abuelos fue agradable. Palermo era tal como me la había imaginado. Papá siempre nos contaba historias de su ciudad, sus olores, la gente y el ambiente en las calles. Y aunque sabíamos que aún no estábamos a salvo, respirábamos un poco más tranquilos. Mamá nos había advertido: «Debemos estar preparados. No sabemos lo que nos vamos a encontrar al llegar a casa de los abuelos». Ella ya había estado en Palermo con papá y recordaba el camino. Llegamos, por fin. A través de los barrotes de la puerta de entrada, se alcanzaba a ver un camino de tierra con olivos a ambos lados y una casa enorme al final del camino.

—Mamá, ¿papá era rico? —le pregunté.

Ella sonrió. Era la primera vez que lo hacía desde que estuvimos en el control de pasaportes en la frontera italiana.

Uno de los hombres que trabajaba en el jardín de la casa se acercó a la verja.

—¿Qué quiere, señora?

—Buenas tardes, buscamos al señor y la señora Marino.

—Los señores Marino ya no viven en esta casa.

—¿Sabe dónde podría encontrarlos?

—Ellos partieron a América, señora —aquel hombre claramente quería quitarse de en medio a mamá.

—¿Qué? ¿América? —preguntó frustrada. Normal, considerando lo que habíamos tenido que pasar para llegar a una casa que, por lo visto, ya no era nuestra—. Pero, no puede ser. ¿No dejaron nada? ¿Una dirección donde poder encontrarlos? Por favor, caballero, se lo ruego. Venimos desde muy lejos y esperábamos poder reunirnos con ellos.

—Señora, no hay nada que pueda hacer. Lo siento mucho —dijo el hombre mientras se alejaba de vuelta a la casa.

—¿Sería posible hablar con los dueños de la casa? Quizá ellos puedan darnos alguna indicación de dónde encontrar a los señores Marino. Por favor —suplicó mamá al borde de la desesperación.

—Espere aquí un momento. Veré si el señor puede atenderles.

El jardinero volvió pocos minutos después y abrió la puerta.

—El señor les recibirá, acompañenme.

Me pareció la casa más grande y bonita del mundo. Llena de alfombras y lujos que jamás había visto. El jardinero nos acompañó a una sala con sofás grandes y blancos encuadrados frente a una chimenea. «Por fin un sitio calentito en el que poder descansar», pensé. Nos sentamos en uno de los sofás, pero unos segundos más tarde tuvimos que ponernos en pie para recibir al dueño de la casa. Era un señor alto, corpulento, con pelo canoso y ojos azules y fríos como el cielo de Madrid en invierno.

—Buenas tardes, señora. Soy Carlo Rinaldi. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenas tardes, señor Rinaldi. Mi nombre es María. Ellos son mis hijos Nino y Daniela —dijo mi madre con un acento que dejaba entrever sus raíces españolas—. Esperábamos encontrar al señor y la señora Marino, pero hemos sabido por su jardinero que ellos ya no viven aquí. ¿Sabe usted dónde podríamos encontrarles? Venimos desde muy lejos para verlos.

—Usted debe ser la mujer de Antonello Marino y vosotros dos, sus hijos —dijo mientras nos guiñaba un ojo—. Deben de estar cansados, siéntense. Les traeremos algo de comer.

Mamá se quedó boquiabierta. ¿Quién era ese señor y cómo sabía quiénes éramos?

—No se preocupe, señora. Aquí estarán seguros —dijo Carlo al ver la cara de pánico de mamá.

—Disculpe, señor Rinaldi. Estoy algo desconcertada. ¿Cómo sabe quiénes somos?

—Verá, señora Marino.

—Llámeme María, por favor —interrumpió mamá.

Él sonrió.

—Verá, María, el señor Alessandro Marino y su mujer, Gabriella, se fueron a los Estados Unidos hace unos años. Tras la partida de Antonello a España, eran conscientes de que corrían peligro en Italia. Pensaron en ir a España con ustedes, pero Antonello les advirtió de que la situación en España también era muy complicada. Muchos italianos huyeron a América durante esa época, entre ellos don Vito Caruso, amigo de infancia de Alessandro. Así que Alessandro se puso en contacto con él. Don Vito y Alessandro se conocieron en Nápoles. Alessandro era un par de años mayor que don Vito y se tenían por hermanos. Fueron inseparables hasta que Alessandro conoció a la señora Gabriella. Gabriella es siciliana, de Palermo. Lo de Alessandro y Gabriella fue amor a primera vista, ¿sabe? Se casaron en Palermo tan solo seis meses después de haberse conocido y, en 1910, Gabriella dio a luz a Antonello. Don Vito emigró a los Estados Unidos en 1913, pero la distancia no les separó. Conservaron su amistad por correo postal. Alessandro alertó de su situación a don Vito y le contó sus planes de emigrar a Estados Unidos. Don Vito le animó y le indicó los pasos a seguir para llegar a Nueva York, donde residía don Vito y donde este, según prometía en sus cartas, conseguiría trabajo a Alessandro. Mi familia siempre estuvo muy unida a la familia de Gabriella. Alessandro me contó sus planes de huir a Estados Unidos, pero le preocupaba su situación económica. Los Marino eran dueños de esta preciosa casa, pero no tenían liquidez. A mí siempre me había apasionado esta finca, así que se la compré a Alessandro. Con el dinero de la venta, Alessandro y Gabriella pudieron comprar los billetes a Nueva York y empezar una vida allí.

Me apasionaba saber sobre mis raíces italianas y me asombró la fortaleza y determinación de mis abuelos a la hora de abandonar su vida, su ciudad, la casa donde habían criado a su hijo. Como dijo mi madre, sin mirar atrás.

Pero el señor Rinaldi no había contestado a la pregunta de mamá:

—Vaya, señor Rinaldi, jamás hubiera imaginado que Alessandro y Gabriella se verían envueltos en esa situación. Le agradezco la información. Pero me temo que aún no ha contestado a mi pregunta. ¿Cómo sabía quiénes éramos mis hijos y yo?

—Antes de irse a Nueva York, Alessandro dejó una carta para su hijo. También dejó apuntado su nombre, María, y el de sus hijos, por si volvían por aquí. Alessandro mencionó que su hijo había dejado de responder a sus cartas y fue por ello por lo que no quiso contarle a Antonello su plan de huir a Nueva York. Temía que las cartas estuvieran siendo interceptadas. Dígame, María, ¿por qué no ha viajado su marido con usted?

—A Antonello se lo llevó el régimen de Franco. Seguramente ya esté muerto —mamá estaba tan metida en la conversación con el señor Rinaldi que se había olvidado de que Nino y yo seguíamos ahí. Nos miró y apoyó la mano en mi pierna—. Lo siento, pero debemos hacernos a la idea de que no le volveremos a ver.

Y solo en ese momento me di cuenta de que no había tenido tiempo de pensar en papá. El miedo y la tensión del viaje me habían tenido la cabeza tan ocupada que ni siquiera le había llorado. Las lágrimas empezaron a brotar sin control. Nino me abrazó y también rompió a llorar. Mamá nos abrazó y trató de calmarnos, pero ella ya no lloraba.

—Me rompe el corazón —dijo el señor Rinaldi—, mi más sentido pésame, María. Se ha hecho tarde y seguro que usted y sus hijos están agotados. Diré al servicio que les prepare dos habitaciones para que puedan descansar. Mañana podremos empezar a organizar su viaje a los Estados Unidos. Y, por favor, disculpen que mi mujer Fabiana no haya podido acompañarnos. Lleva unas semanas enferma y necesita reposo.

Cenamos y la mujer de servicio nos acompañó a las habitaciones. A mamá le habían preparado una habitación para ella sola con una cama gigante en la que por lo menos cabían cinco personas.

En nuestra habitación había dos camas individuales. Cada habitación tenía un cuarto de baño. Nos dimos una ducha antes de ir a dormir. Después de tanto viaje, creedme, era necesario. La mujer de servicio nos había dejado ropa limpia encima de las camas. La ropa era de nuestro tamaño, así que Nino y yo llegamos a la conclusión de que la ropa era de los hijos del señor Rinaldi. Tumbados en la cama, empezamos a imaginar qué hubiera pasado si papá y mamá hubieran decidido vivir en Italia en vez de en España.

—Imagínate, Dani. Imagina qué divertido hubiera sido vivir aquí, en esta casa —dijo Nino.

No pudimos evitar fantasear con la idea de vivir con todas las comodidades. Esas de las que otros niños disfrutaban en Madrid mientras nosotros teníamos que comer patatas todos los días. Sabíamos que en algún momento nos iríamos de Italia y con esa partida desaparecería nuestro sueño de vivir como personas acomodadas. No sabíamos lo que nos esperaba en Nueva York, pero esa noche Nino y yo nos prometimos algo: haríamos lo que fuera necesario para, algún día, tener nuestra casa, con alfombras, lujos y rincones para que nuestros hijos pudieran jugar al escondite. Será nuestro y nadie nos lo podrá quitar. Ah, y nunca más volveríamos a comer patatas. La promesa quedó sellada con un apretón de manos.

Las ideas de un futuro mejor nos habían quitado el sueño, así que fuimos al cuarto de mamá. Ya estaba metida en la cama, con la luz encendida y los ojos entreabiertos. Nos miró de reojo: «Anda, venid aquí». Fuimos corriendo a su cama y aterrizamos de un salto. Nino empezó a contarle lo que nos acabábamos de prometer. Era la segunda vez que mamá reía después del registro en la frontera italiana.

Nino apagó la luz, nos tumbamos y la abrazamos, cada uno por un lado. Nino y yo empezamos a llorar bajito. Yo pensaba en papá y sé que él también lo hacía. Mamá nos acariciaba con calma y amor. Aunque tristes, nos sentíamos algo más seguros. Empecé a sentir que mi cuerpo se hundía en el colchón.

Te estás durmiendo.

Olor a café recién hecho. Abrí los ojos y no vi a mamá, pero Nino sí estaba ahí, al otro lado de la cama. Rodé a su lado, le pellizqué el culo y empezamos a jugar y a reírnos. Como hacía tiempo que no lo hacíamos. Como niños. ¿Desayunamos?

La casa tenía una escalera de caracol ancha, de mármol blanco, que daba al *hall* de entrada, amplio y luminoso. A la derecha, una sala de estar con una librería de madera. Cruzando la sala de estar estaba el comedor, con una mesa alargada con espacio para 20 comensales. El comedor daba a una cocina donde el servicio se esforzaba por terminar a tiempo el desayuno y empezar a cocinar el almuerzo. Cruzando la cocina había una puerta que daba a un segundo comedor bastante más pequeño que el anterior, y este desembocaba de nuevo en el *hall* de entrada. No podía parar de pensar que aquella casa había sido de mis abuelos, de mi familia, mía.

—Niños, por favor, dejad de cotillear y vamos a desayunar. El señor Rinaldi nos espera —dijo mamá.

La mesa del comedor estaba repleta de zumos naturales, fruta, leche, café y todo tipo de bollos. Aquello era un festín. Con esa cantidad de comida nos podríamos haber alimentado en España durante dos semanas.

—Venga, ¡comed! —ordenó el señor Rinaldi.

—Gracias, señor Rinaldi, está todo buenísimo —dijo Nino con los mofletes a reventar de magdalenas.

—Llamadme Carlo, por favor —el señor Rinaldi sonrió. Los ojos le brillaban cuando nos miraba.

El desayuno transcurrió tranquilo, entre bromas y risas. Mamá estaba tranquila. Parecía haber dejado de lado las preocupaciones. Hasta que Carlo interrumpió la calma.

—María, Nino, Daniela, hay algo que quiero mostrarles. Como les adelanté ayer, Alessandro dejó una carta a Antonello por si este aparecía. María, creo que ahora es usted la destinataria de esta carta. Léala solo cuando se sienta preparada, no tiene que ser ahora.

—No pasa nada, Carlo. La leeré ahora. Mis hijos deben estar al corriente de todo —dijo mamá.

Tomó aire y abrió el sobre con delicadeza. Sujetó la carta con las dos manos y empezó a leerla en voz baja. El rostro se le empezó a torcer.

—María, ¿quiere que lea yo la carta? —preguntó Carlo.

—Sí, por favor —mamá pasó la carta al señor Carlo y este empezó a leerla con esa calma propia de él.

Antonello, María,

Espero que los dos estéis leyendo esta carta. Juntos y enamorados, como la última vez que os vimos. Antonello, hijo, hace ya tiempo que no sabemos de ti. Temo que pueda haberos pasado algo. Rezamos cada día porque todos estéis a salvo. Las cosas por aquí se están complicando y tu madre y yo ya no nos sentimos seguros. Hemos contactado con un viejo amigo nuestro que emigró a los Estados Unidos hace unos años, don Vito Caruso. Don Vito se ha ofrecido a ayudarnos. Ayer recibimos una carta en la que nos confirmaba que, al llegar a Nueva York, tendría casa y trabajo. Le transmití a don Vito mi preocupación con respecto al idioma, pero don Vito dijo que no sería un problema. Por lo visto, viviremos en una barriada a la que llaman «Little Italy» por el gran número de italianos que viven ahí.

Como habrás visto, hemos vendido la casa a Carlo y Fabi. Necesitábamos dinero para el viaje. No hemos tenido otra opción. Pero, por favor, habla con Carlo. Él os explicará el acuerdo al que llegamos.

Os dejo la dirección de Nueva York donde viviremos tu madre y yo.

Recordad que podéis confiar en Carlo. Él os acogerá y os ayudará con cualquier cosa que necesitéis.

Estad tranquilos, todo irá bien.

Os quieren,

ALESSANDRO Y GABRIELLA

Permanecimos callados durante unos segundos. La nostalgia se hizo paso en los ojos de mamá. Miré a Nino y supe al detalle lo que estaba sintiendo. Siempre llegamos tarde a lo bueno. Se nos escapó

papá y ahora se nos escapaban los abuelos. Sentía que esa casa era mi hogar, pero también sabía que esa sensación no duraría mucho.

Mamá rompió el silencio:

—Gracias, Carlo. Bien, ¿podría contarnos el acuerdo al que llegó con Alessandro?

—Verá, Fabiana y yo tuvimos dos hijos, gemelos. Ambos fallecieron poco después del parto, por lo que no tenemos descendencia. Si no nombramos herederos, nuestros bienes pasarán al régimen de Mussolini, ¡y bajo ningún concepto dejaremos que eso pase! Por ello acordé con Alessandro que Antonello y usted heredarían todos nuestros bienes. Esta casa, por tanto, pasará a ser suya y de sus hijos —Carlo hizo un pausa—; además, acordé con Alessandro que les ayudaría a llegar a Estados Unidos. Pero primero debe decirme cuáles son sus planes y así veré de qué forma ayudarles. Pueden quedarse en casa todo el tiempo que necesiten. Pero si tiene algún plan en mente, deberíamos empezar a organizarlo cuanto antes.

Nino y yo nos miramos perplejos. ¿Esta casa será nuestra? ¿No podíamos quedarnos escondidos aquí para siempre? Quizá el régimen no nos encontrara nunca. ¿Qué tenía mamá en mente? Y, si los hijos de Carlo murieron tras el parto de Fabiana, ¿de quién era la ropa que llevábamos?

—No tengo palabras para agradecerle todo lo que está haciendo por nosotros —dijo mamá—, la verdad es que pensé que esta casa sería nuestro último destino, pero ahora veo que nuestra seguridad aquí no está garantizada. Estoy cansada, Carlo. Cansada de huir. Cansada de no tener un hogar. Cansada de la incertidumbre. De las pérdidas. Del miedo... Quiero dejar de tener miedo.

Carlo trató de tranquilizar a mamá. Él pensaba que Nueva York era una buena opción, donde podríamos empezar de cero y sentirnos seguros.

—Siempre podréis volver aquí. Nuestros abogados se pondrán en contacto con usted el día en que doña Fabiana y yo no estemos y ustedes podrán venir a reclamar lo que por derecho les pertenece.

Carlo explicó a mamá que, si decidíamos ir a Nueva York, él contactaría con los señores Vizzini y Russo, quienes nos pondrían en contacto con don Vito Caruso. Don Vito había vuelto de Nueva York hacía tres años y residía en Nápoles. Él nos ayudaría con los preparativos del viaje y nos facilitaría la entrada a los Estados Unidos.

Mamá nos pidió que le dejáramos hablar a solas con Carlo.

—Pero ¿no teníamos que estar al corriente de todo? —protestó Nino. Yo le apoyé, como siempre.

En ese momento apareció en la sala doña Fabiana. Era la mujer más elegante que había visto jamás —después de mamá, claro—. Tenía el pelo gris, ojos color violeta y algunas arrugas que dejaban ver su edad. Transmitía tranquilidad y, aunque su sonrisa se esforzaba por ocultarlo, sus ojos estaban llenos de pena. Carlo le explicó la situación y ella se ofreció a ir con Nino y conmigo a la habitación. Fabiana abrió uno de los armarios que cubría la pared. Estaba repleto de ropa de niño. Fabiana, o Fabi, como prefería que la llamaran, nos explicó que aquella ropa pertenecía a papá. Nino y yo estuvimos jugando a disfrazarnos el resto de la mañana. Como os podéis imaginar, entre prisas y falta de espacio, tuvimos que dejar la mayor parte de nuestra ropa en Madrid. Fabi había ordenado que lavaran nuestra ropa, pero todavía no estaba lista. Además, dijo Fabi, la ropa necesitaba un par de arreglos. El servicio se encargaría de ello. Hasta entonces, tuve que conformarme con vestir con ropa de chico.

Los días transcurrieron tranquilos. Por fin, calma. Nino y yo pasábamos la mayor parte del tiempo con Fabi y el personal de servicio. Nos trataban como si fuéramos de la familia y a nosotros nos encantaba estar con ellos. En especial con Marco. Marco se encargaba de mantener la casa a punto —era el manitas de la casa—. Nino y Marco hicieron muy buenas migas. Papá era cariñoso, pero siempre estuvo muy ocupado y comprometido con la política. No creo que fuera su intención, pero al final nos descuidó, y a mamá también. A mí nunca me importó, sabía que teníamos a mamá. A

Nino le afectó más. Probablemente echaba de menos una referencia paterna, un hombre que le guiara y aconsejara. Sin quererlo, Marco se vio educando a Nino —le empezó a dar lecciones básicas no solo de cómo ser un manitas, sino de cómo ser el hombre de la casa—.

Nino empezó a ver en Marco el padre que no encontró en papá.